PEDRO MANUEL RODRÍGUEZ SUÁREZ

INTEGRACIÓN EN AMÉRICA LATINA: UNA VISIÓN RETROSPECTIVA DESDE BRASIL Y MÉXICO

BRASIL EN EL MARCO DE LA INTEGRACIÓN DE AMÉRICA DEL SUR

Brasil es uno de los países de América Latina que más ha sorprendido a la opinión pública mundial debido al gran éxito de sus reformas estructurales, su recién adquirido peso en el concierto internacional, así como por su revolución económica. Todas estas variables que se mencionan han permitido que la economía de Brasil se ubique actualmente entre las diez economías más grandes del mundo, así como en uno de los países emergentes más trascendentales del concierto internacional, después de décadas de inestabilidad económica y política, que marcaron sensiblemente la historia contemporánea de este país.

Las variables que caracterizaron al Brasil de las “décadas perdidas” fueron en su gran mayoría políticas y económicas. Por citar un ejemplo, en los últimos 100 años sólo siete presidentes han sido elegidos democráticamente. El primero, en 1985 con Tancredo Neves; el segundo en 1985, con José Sarney; el tercero, en 1990, con Fernando Collor; el cuarto en 1992, con Itamar Franco; el quinto, en 1995, con Fernando Henrique Collor de Melo; el sexto en el 2003 con Luis Inácio Lula da Silva, y el séptimo, en el 2011, con Dilma Rouseff, lo que pone de manifiesto la gran inestabilidad política y el reciente surgimiento de la democracia en Brasil.

En materia económica Brasil, al igual que el resto de los países de América Latina, estableció una estrategia económica fundamentada en el modelo sustitutivo de importaciones (MSI), así como en un marcado nacionalismo, principalmente *vis-á-vis* sectores económicamente muy sensibles de la economía brasileña, como el petróleo y las telecomunicaciones, lo que creó enormes e ineficientes monopolios estatales y, por consiguiente, industrias poco competitivas a nivel internacional. El MSI sólo se transformaría hasta 1995, cuando se abrieron los sectores económicos anteriormente citados hacia los mercados internacionales.

En este tenor, el sector de las telecomunicaciones y energético se encontraban relativamente paralizados y su competitividad dejaba mucho que desear, debido a los notorios síntomas de ineficiencia que mostraban los monopolios estatales en América Latina a mediados de la década de los 80, así como por la

ausencia de competidores e inversionistas internos y externos. Como se mencionó con anterioridad, esta política económica se transformó permitiendo la participación activa de los capitales privados y extranjeros, lo que ha originado un gran crecimiento económico, y que Brasil se convierta en la economía número diez del mundo, así como el mayor receptor de Inversión Extranjera Directa (IED) en todo el subcontinente latinoamericano.

Por otro lado, a diferencia del dogmatismo en el cual suelen caer la mayoría de los países de América Latina al momento de los cambios en la administración pública, el presidente Luiz Inácio Lula da Silva y su administración continuaron con el sistema de reformas políticas, económicas y sociales, que se establecieron antes de que Lula tomara el poder. Desde esta perspectiva, las políticas de seguridad social han tenido éxito en aras de reducir la pobreza, y las grandes desigualdades sociales que tanto caracterizan a la sociedad brasileña, se redujeron durante las dos administraciones de Lula da Silva.

Asimismo, Brasil ha registrado importantes avances en materia de ciencia y tecnología, sobre todo, en el contexto de lo que los especialistas llaman "agricultura inteligente"[1], así como en biocombustibles. Aunado a lo anterior, en años recientes se descubrieron importantes yacimientos de petróleo en la plataforma continental sur atlántica que, como lo expresó Lula da Silva ante los medios de comunicación: "estos descubrimientos connotan la segunda independencia de Brasil".[2] El crecimiento de la economía brasileña ha sido tan sorprendente que actualmente se ubica entre las diez economías más grandes del mundo – con un PIB de 2.208 billones de dólares (PIB de Brasil creció un 7,5% en 2010 y sumó 3,675 billones de reales). De acuerdo con algunos especialistas, a largo plazo podría ubicarse entre las cinco economías más grandes del mundo, amén de la buena capitalización de los nuevos yacimientos petroleros y de los avances en términos de reformas estructurales.

De igual manera, este país presenta una gran estabilidad financiera, una inflación controlada, así como un notorio incremento de IED, que en la región latinoamericana sólo rivaliza con México. En términos de integración regional, es importante subrayar que Brasil en los últimos años se ha convertido en un actor decisivo en el concierto latinoamericano, en particular en América

[1] El término "agricultura inteligente" connota la generación de conocimientos en relación a fertilizantes, tecnología agrícola, transporte e infraestructura de procesamiento. Antes de 1950, Brasil no figuraba como una potencia agrícola. Actualmente, es una de las principales potencias en el marco de la producción de soya, maíz y caña de azúcar.

[2] Este descubrimiento colocó a Brasil en el club de países más privilegiados del mundo en materia de reservas petroleras. El impacto adecuado de los nuevos recursos energéticos será mayúsculo para este país, que hasta hace apenas unos años lograba ser autosuficiente y producía sólo 2 millones de barriles de petróleo diarios. En adición, las estimaciones de las reservas petroleras de Brasil se han triplicado hasta llegar a 40 000 millones de barriles de petróleo. Aunque aún son menores que las de Arabia Saudita, Estados Unidos, Irán, Iraq y Rusia, empero son equivalentes a las de Nigeria y Venezuela.

del Sur, subregión de América Latina en donde Brasil se perfila poco a poco como una gran potencia regional y en donde recurre al MERCOSUR y a la UNASUR, como plataforma política y económica con la finalidad de proyectarse como el país líder de América del Sur. Sin embargo, su importancia en la subregión es indiscutible, debido a su dimensión geográfica, demográfica, el tamaño de su economía y el gran activismo de su política exterior, en particular frente a sus vecinos sudamericanos.

brasil en el contexto de la integración de américa latina

Cuando Lula tomó el poder dejó muy en claro las prioridades de la política exterior del "nuevo Brasil", seguramente muy consciente de los nuevos insumos de poder alcanzados por este país en los últimos años, así como por el enorme potencial que posee Brasil en términos del tamaño de su mercado, su peso demográfico, su inmenso tamaño territorial, así como el lugar que posee entre las economías emergentes más importantes del mundo, que lo coloca en una situación privilegiada *vis-á-vis* sus rivales más cercanos de América Latina, tales como: Argentina, Chile y México. En este sentido, la administración de Lula percibió la política exterior como una herramienta *sine qua non* en aras de fortalecer y de concluir las transformaciones estructurales que podrían convertir a Brasil en una gran potencia continental.

En relación a la prioridad número uno en materia de política exterior se visualiza lo que algunos científicos societales franceses conceptualizan como *les voisins les plus proches,* que en pocas palabras connota: otorgar la máxima prioridad hacia los países fronterizos.[3] En este sentido, el MERCOSUR, integrado por Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay, constituyen actualmente la piedra angular de la política exterior de Brasil. Desde esta óptica, dicho mecanismo de integración debe transformarse hacia un nivel de integración mucho más profundo y que supere la fase de integración de un mercado común, así como la de una unión aduanera y la libre circulación de bienes y servicios. En este contexto, el MERCOSUR debe convertirse en un instrumento de convergencia industrial, agrícola, social, así como edificar instituciones supranacionales, en donde los países que integran al MERCOSUR, comparten su soberanía.

Es importante resaltar que el interés de Brasil es que el MERCOSUR se convierta en una especie de UE en América del Sur, con instituciones supranacionales; como, por ejemplo, un Banco Central que regule las políticas macroeconómicas y microeconómicas, un Parlamento del Cono Sur, cuyos miembros

---

[3] José M. Fanelli, *MERCOSUR: integración y profundización de los mercados financieros*, Red de Mercosur de Investigaciones Económicas, Uruguay 2008.

sean elegidos por los ciudadanos, así como un secretariado que gestione el *modus operandi* del MERCOSUR y que promueva la creación de una política exterior común que defienda los intereses de los miembros del MERCOSUR en la comunidad internacional. Por otro lado, la segunda prioridad más importante en el contexto de la política exterior de Brasil, se puede visualizar la creación de un proyecto de integración que abarca a todos los países que comprenden América del Sur, mejor conocido como UNASUR, por medio del cual Brasil fortalecerá su liderazgo en toda América del Sur.[4]

Como se puede observar, las políticas de integración regional que promueve Brasil son radicalmente diferentes a las de Estados Unidos, al menos hacia sus países vecinos más cercanos, debido a que no se limita a establecer áreas de libre comercio, y sin la procuración de fondos regionales que desarrollen realmente el crecimiento equitativo de toda la subregión, así como, que motiven la creación de infraestructura, que genere los frutos de la integración regional. Asimismo, Brasil visualiza la integración de los países de América del Sur desde la perspectiva del juego de suma variable que desde el claustro de las integraciones regionales connota un escenario en donde todos los actores que participan en un proceso de integración ganan y no sólo los más poderosos, en decremento de las naciones menos desarrolladas, como suele suceder con las áreas de libre comercio. Es importante mencionar que esta política de Brasil hacia América del Sur no es nada nueva, en realidad sus orígenes se remontan a 1992 con el presidente Itamar Franco[5], quien fue el principal arquitecto del proyecto conocido como Iniciativa de la Integración Regional en América del Sur (IIRSA).[6]

[4] El texto constitutivo del UNASUR fue aprobado el 23 de mayo de 2008 por los jefes de Estado y de gobierno de prácticamente todos los países de América del Sur. Los Estados miembros de la UNASUR son: Argentina, Brasil, Bolivia, Colombia, Chile, Ecuador, Guyana, Paraguay, Perú, Surinam, Uruguay, Venezuela. Cabe resaltar que Panamá y México participan sólo como observadores. Por otro lado, es importante mencionar que los deseos por integrar a los países que conforman América del Sur son en realidad muy antiguos. En realidad, este proyecto tiene sus orígenes en 1821 con la visión de Simón Bolívar a la luz de la creación de la Gran Colombia. Posteriormente en 1992, el presidente brasileño Itamar Franco visualizó un gran proyecto de integración para la mayoría de los países de América del Sur. Sin embargo, con el arribo de las dictaduras y el modelo sustitutivo de importaciones, así como por la inestabilidad política que presentaba América del Sur, dicho proyecto quedó en una situación *sine die*.

[5] Juan Onis, *El momento de Brasil*, "Foreign Affairs", vol. 9, núm. 2, México 2009.

[6] La IIRSA tiene como propósito fundamental el desarrollo de proyectos para la creación y mejora de infraestructura en todos los países miembros del UNASUR. Recibe apoyo financiero de instituciones como el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), la Corporación Andina de Fomento (CAF), El Fondo Financiero para la Cuenca del Plata (FONPLATA) y el Banco de Desarrollo Económico y Social (BNDES) de Brasil. En 2006, los desembolsos del BNDES alcanzaron los 6,400 millones de dólares. Dichos fondos se destinaron para la construcción de acueductos, aeropuertos, carreteras, gaseoductos, plantas hidroeléctricas y el desarrollo de la industria de las telecomunicaciones.

Otras de las prioridades de Brasil son América Central y México, aunque de una manera menos importante en comparación a América del Sur, lo que deja muy en claro que este país concentra un gran activismo de su política exterior en América del Sur, y que esta subregión del continente americano es y será la piedra angular de su política exterior por muchos años.

En relación a la integración latinoamericana, Brasil ha mostrado un gran interés por fortalecer los procesos de integración en toda la región, como bien lo ejemplifica el hecho de que Lula da Silva haya convocado a una gran cumbre regional en donde participaron la gran mayoría de los países de América Latina y el Caribe, en diciembre de 2008. Dicho encuentro tuvo como finalidad acentuar los procesos de integración de América Latina, tal y como lo expresó Lula ante los medios de comunicación: "será una oportunidad inédita para que América Latina y el Caribe intercambien puntos de vista sobre cómo coordinar mejor los procesos de integración de los que formamos parte", "la integración sudamericana ha comenzado a ser una realidad, creemos firmemente que dicha integración debe incluir a América Central, el Caribe y México.[7]

Este tipo de iniciativas se pueden traducir en el gran interés que tiene Brasil en convertirse en un actor decisivo y fundamental en el marco de los procesos de integración de América Latina. Sin embargo, para que América Latina logre consolidar realmente un proyecto de integración es necesario incrementar sensiblemente este tipo de estrategias y sumar el liderazgo de Brasil y de otros actores claves de la región en aras de fortalecer dichos procesos de integración.

México en el marco de la integración de América Latina

A mediados de la década de los ochenta y de su transformación política y económica, México optó por establecer una estrategia económica internacional muy activa, particularmente hacia América del Norte, América Latina y Europa y, a finales de la década de los noventa, hacia algunos países asiáticos, tales como: Corea del Sur, Japón y Singapur, como se puede observar con la suscripción en 1994 del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), la inserción en el 2000 del Acuerdo de Asociación Económica, Concertación Política y Cooperación México-Unión Europea, y en el 2001 con el Tratado de Libre Comercio establecido con los países de la Asociación Europea de Libre Comercio (AELC)[8], así como, con el Tratado de Libre Comercio México – Israel que data de 1995, y el Acuerdo de Asociación Económica México – Japón de 2005. Asimismo, se establecieron un gran número de tratados de libre comercio con

[7] Ver: Juan Onis, *El momento de…*, *op. cit.,* págs. 55–69.

[8] La AELC está formada por la Confederación Suiza, el principado de Liechtenstein, Reino de Noruega e Islandia.

países de América Latina, tales como: Brasil, Bolivia, Costa Rica, Colombia, Chile, El Salvador, Guatemala, Nicaragua y Uruguay.[9]

Es importante subrayar que estos tratados se crearon desde una perspectiva geoeconómica y geopolítica, cuyos principales objetivos fueron los de equilibrar y balancear las relaciones económicas de México frente a Estados Unidos, que absorbe más del 85% del comercio exterior de este país, lo que ha profundizado la interdependencia asimétrica que existe entre las economía americana y mexicana.

A diferencia de lo que considera la mayoría de la opinión pública mexicana en torno a dichos tratados, inherente a sus efectos poco relevantes, las fuentes de información oficiales demuestran que dichos tratados han contribuido al desarrollo de las relaciones económicas de México con las economías con las que se han suscrito dichos tratados. Según la Secretaría de Economía, el intercambio económico entre México y los países latinoamericanos con los que se han suscrito tratados de libre comercio, las relaciones económicas se han incrementado en los últimos diez años en un 250%.[10] El análisis de esta fuente de información permite hacer conclusión sobre el aumento radical de las relaciones económicas entre Chile y México, entre México y las economías que conforman el Triángulo del Norte[11], así como con otros países latinoamericanos con quienes México ha suscrito una red de TLC.

Por otro lado, de manera similar a Brasil, México considera que el punto cardinal de su política exterior es América del Norte y recientemente América Central, por obvias razones geopolíticas y geoeconómicas. En relación al resto de los países de América del Sur, también son considerados como una prioridad en el marco de la política exterior mexicana, desde una perspectiva secundaria, debido a que los países de América del Sur no comparten con México una frontera geográfica como los países de América del Norte y América Central. Al respecto, América Latina ha sido la región más visitada por el presidente Felipe Calderón y la más importante en términos de cooperación internacional.

En relación a la política exterior de México hacia América Central, este país jugó un papel fundamental en los procesos de pacificación de América Central en la década de los 80, en el marco del Grupo de Contadora. Posteriormente, esta región estuvo lejos de constituir una prioridad para la política exterior mexicana, debido a los procesos de transformación política y económica que se estaban gestando en México, y la inserción del TLCAN, que concentraron

[9] A partir del 19 de noviembre de 2006, sólo México y Colombia participan en lo que anteriormente se conocía como el G-3, conformado por Colombia, México y Venezuela. El G-3 dejó de existir en noviembre de 2006, cuando Venezuela se retiró por voluntad propia del G-3.

[10] Secretaría de Economía con datos del Banco de México, 2009.

[11] Los países miembros del Triángulo del Norte son: El Salvador, Guatemala y Honduras. Estos países se han convertido en el principal mercado de México en América Latina. Para mayor información ver: [URL – http://www.sice.oas.org/TPD/Mex_Norte/Studies/TN_s.pdf].

gran parte de la política exterior de México en materia de negociones internacionales que se establecieron con Canadá y los Estados Unidos, en aras de concretar dicho tratado.

Después de la creación del Grupo de Contadora, el segundo proyecto más importante que ha establecido México hacia América Central ha sido el Plan Puebla Panamá (PPP), cuyo año de partida fue el 2008. En este marco de ideas, Belice, Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Panamá, así como Colombia y México, decidieron establecer el PPP, cuyos objetivos cardinales son los de incrementar la cooperación e integración, a la luz de la creación de infraestructura y políticas comunes en términos de desarrollo social.

En adición a lo anterior, otro de los objetivos del PPP es el de generar oportunidades y solucionar problemáticas comunes que enfrentan los países de la región, tales como: desigualdad social, pobreza, falta de infraestructura en las regiones fronterizas, así como la carencia de un diálogo político entre los países miembros del PPP.

BRASIL Y MÉXICO EN EL ÁMBITO DE LA INTEGRACIÓN DE AMÉRICA LATINA

Actualmente Brasil y México constituyen dos actores claves que podrían fortalecer sensiblemente la integración en América Latina. Al respecto, los dos países representan las economías más grandes de la región y su influencia económica, política y cultural es cada vez mayor en todo el subcontinente latinoamericano, amén de la apertura de los mercados y el nuevo regionalismo de América Latina que se acentuó a partir de la década de los 80, lo que ha incrementado las relaciones intraregionales entre las economías latinoamericanas.[12]

Algo que es sumamente importante de subrayar es que ambos países poseen una gran aceptación ante la opinión pública latinoamericana, variable que es fundamental en aras de crear el marco propicio para llevar a cabo una integración regional, que a largo plazo produzca los efectos esperados y que permita que América Latina libere sus enormes potenciales. En este sentido, según el barómetro: Las Américas y el Mundo, 2008 (ITAM, 2009)[13], Brasil

[12] Las empresas transnacionales mexicanas encabezan la lista en América Latina como los mayores inversionistas en la región, con cerca de 32 000 millones de dólares de IED, seguidas por las multinacionales brasileñas.

[13] Las Américas y el Mundo 2008 es un estudio elaborado por el Centro de Investigación y Docencia Económica (CIDE) Esta investigación evalúa el estado de la opinión pública de América Latina en torno al grado de legitimidad de las instituciones en cada país, las reglas y los actores del sistema internacional y el desempeño gubernamental en materia de política exterior entre los países latinoamericanos. Asimismo, permite conocer la opinión de los ciudadanos latinoamericanos sobre asuntos de relaciones internacionales y la inserción internacional de los países de América Latina en la comunidad internacional. En suma, es una herramienta clave para la toma de decisiones de actores públicos y privados.

y México son percibidos como países "amigables", y como "grandes aliados económicos", desde la óptica de la opinión pública de la gran mayoría de los países de América Latina. En adición, según esta fuente de información, la opinión pública latinoamericana favorece más la integración de sus países con Brasil y México que con otros actores extraregionales como Estados Unidos u otras economías extracontinentales.

En este sentido, respecto a las relaciones entre México y América Latina, este país, desde la Revolución Mexicana hasta nuestros días, ha colocado dentro de sus más altas prioridades de política exterior a sus relaciones con América Latina, aunque su presencia en la región ha sufrido cambios radicales. Es decir, desde un gran activísimo hasta el abandono y la indiferencia. Este tipo de cambios tiene sus orígenes a la luz del contexto político interno, así como por las diversas crisis económicas que se presentaron en este país durante el siglo XX, así como por las transformaciones que ha sufrido el orden internacional, desde 1910 hasta nuestros días, así como por las relaciones entre los Estados Unidos y México. Sin embargo, la presencia de México en América Latina en los últimos años se ha acentuado, amén de los medios de comunicación (principalmente la televisión) y las redes de tratados comerciales que se establecieron con la gran mayoría de los países de la región a finales del siglo XX. Asimismo, durante las décadas de las dictaduras militares en América del Sur, México recibió una cantidad considerable de migrantes sudamericanos, principalmente provenientes de Argentina, Chile y Uruguay, que salieron de estos países debido a la gran represión política y social, que fue establecida por las dictaduras militares sudamericanas hacia los intelectuales. En este marco de ideas, este país acogió a un gran número de intelectuales latinoamericanos, que fueron recibidos por instituciones académicas de gran prestigio como El Colegio de México y la Universidad Nacional Autónoma de México, entre otras. Los intelectuales sudamericanos han contribuido de forma importante en el desarrollo de las ciencias y la generación de conocimientos en este país, y actualmente forman parte de la gran diversidad cultural mexicana.

Sin embargo, como bien lo menciona Guadalupe González González en su artículo intitulado *México y América Latina*, la región latinoamericana no ha sido cabalmente explorada por parte de México y la política exterior hacia esta región se ha caracterizado por ser más dogmática que pragmática. En suma, carente de objetivos precisos y de estrategias bien definidas cuyos resultados se reflejen a mediano y a largo plazo. Otra de las problemáticas que se perciben en relación a la buena evolución de la política exterior de México hacia la región, ha sido la concentración histórica de la política exterior de México *vis-á-vis* los Estados Unidos y, por ende, América Latina siempre ha ocupado un lugar secundario y espiritual en las relaciones internacionales

de México, a pesar de los enormes vínculos históricos, sociales, culturales y económicos que existen entre los países de América Latina y México.

En este contexto, a pesar de la gran capacidad de liderazgo y de proyección regional que posee actualmente México, su presencia en la región ha sido ambivalente, con múltiples reacciones que van desde un gran activismo hasta una gran indiferencia, todo depende del periodo en el cual se analiza el campo de acción de la política exterior mexicana hacia el subcontinente latinoamericano. Asimismo, América Latina históricamente ha sido percibida como un punto de equilibrio *vis-á-vis* la relación siempre compleja con Estados Unidos y no como una región en donde México podría proyectar su presencia y diversificar ampliamente su comercio exterior. Cabe destacar que no es sino hasta años recientes que los mercados latinoamericanos se visualizaron como mercados importantes en donde la economía mexicana podría diversificar sus relaciones económicas.

Actualmente, México se encuentra en un estado de confusión y en una situación política interna altamente compleja, tratando de definir el rumbo que debe seguir en términos económicos y políticos, con grandes choques entre las principales fuerzas políticas, lo que ha paralizado buena parte del desarrollo del país y, por lo tanto, de la proyección de México en América Latina y el mundo. Cabe subrayar que dicho estado de inercia y de confusión inició en la década de los 80, *in situ* con la apertura económica y la transformación política, lo que ha afectado la proyección de México en América Latina.

Por otro lado, el modelo y los principios de la política exterior mexicana fueron creados durante la Revolución Mexicana, por lo que hoy en día muestran claros síntomas de ineficiencia y poca operatividad, en particular a la luz de la apertura económica, los procesos de democratización interna, así como por los cambios tan radicales que han experimentado las relaciones internacionales en los últimos años. En este sentido, la política exterior de antaño pareciera, confrontarse con las nuevas realidades del entorno internacional.

Es importante mencionar que México nace como un Estado-nación en 1821 con un proyecto de potencia en América con el primer emperador mexicano mejor conocido como Agustín I de México, frente a dos potencias continentales que iban emergiendo poco a poco, tales como: Estados Unidos y la Gran Colombia.[14] El imperio de Agustín I de México duró muy pocos años, debido a las enormes dificultades que enfrentó México en aras de consolidarse como Estado-nación y la enorme inestabilidad política interna, variables que

[14] La Gran Colombia fue un proyecto político idealizado por Simón Bolívar en 1821. Esta joven República existió entre 1821 y 1831, e integró a Colombia, Ecuador, Panamá y Venezuela, así como a pequeñas partes de territorios que hoy en día pertenecen a Brasil, Costa Rica, Nicaragua y Perú. La Gran Colombia se desintegró por las diversas opiniones que existían en torno a los líderes políticos que favorecían un sistema político federal y otros que defendían un proyecto político central, así como por la diversidad de intereses que existían entre los pueblos que formaban parte de la Gran Colombia.

contribuyeron a la separación de las provincias de América Central y de la pérdida de más de la mitad del territorio mexicano frente a los Estados Unidos, durante 1836 y 1846.[15]

Como se comentó con anterioridad, al finalizar la Revolución Mexicana, América Latina se convirtió en una de las más altas prioridades de la política exterior mexicana, dicha región se visualizó para proporcionarle legitimidad al nuevo régimen político postrevolucionario, así como para resaltar el nacionalismo mexicano. Según algunos especialistas, a este periodo se le conoce como la "época de oro" de la política exterior mexicana hacia el subcontinente latinoamericano. Sin embargo, con el surgimiento de la Segunda Guerra Mundial, la normalización de las relaciones con Estados Unidos, la institucionalización de la Revolución Mexicana, así como el nuevo proyecto de modernización económica, connotó el abandono y la ausencia de México en América Latina. No es hasta la década de los 80 cuando México vuelve a mostrar síntomas de gran interés hacia la región y a ejercer cierto liderazgo, esta vez cimentado con su nuevo poderío petrolero. Sin embargo, este liderazgo es seriamente afectado debido a las frecuentes crisis económicas que acotaron la viabilidad de la política exterior mexicana *vis-á-vis* América Latina. Durante la década de los 80 y 90, el país vive un gran periodo de redefinición y la búsqueda de "nuevas estrategias", en aras de impulsar el desarrollo, reducir la pobreza e insertarlo en la globalización y las transformaciones internacionales.[16] Uno de los principales objetivos fue el de convertir a México en "un puente de enlace" entre América del Norte y América Latina, así como entre Europa y América, e igualmente el de asociar a la economía mexicana con las principales economías del mundo. A la luz de esta perspectiva, se puede entender la edificación del TLCAN, las redes de tratados de libre comercio citados con anterioridad, así como el ingreso de este país a la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo (BRED), y su carácter de observador en el Consejo de Europa, así como la asociación económica y estratégica establecida con Japón.

Al término de la Guerra Fría, y a pesar del marcado crecimiento de la economía mexicana, este país no logró consolidar grandes alianzas con los países de la región, únicamente con Chile a la luz del Acuerdo de Asociación Estratégica México – Chile (2006), con Argentina amén del Acuerdo de Asociación Estratégica México – Argentina (2007), así como con Uruguay debido al Acuerdo de Asociación México – Uruguay, firmado en el 2009. Paradójicamente no se ha creado un acuerdo similar con Brasil, a pesar de constituir el otro polo del poder en el subcontinente latinoamericano.

[15] Francis Fukuyama (ed.), *La Brecha entre Estados Unidos y América Latina: Determinantes políticos e instituciones del desarrollo económico*, Fondo de Cultura Económica, México 2006.

[16] Luis Herrera-Lasso (coord.), *México ante el mundo: tiempo de definiciones*, Fondo de Cultura Económica, México 2006.

Lo que sí es una realidad es que en la alborada del siglo XXI, la política exterior de México hacia América Latina empieza a mostrar indicios de gran interés hacia América Latina, cuya piedra angular es América Central y, posteriormente, América del Sur y el Caribe, tal y como se puede observar con el PPP y los deseos de este país por crear la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños, así como por el hecho de que América Latina ha sido la región más visitada por el presidente Felipe Calderón y el principal marco de cooperación internacional de México hacia el mundo.

En relación a Brasil, como se comentó con anterioridad, en los últimos años este país se ha convertido en el actor con mayor peso, así como en el principal promotor de la integración de los países de América del Sur. Sin embargo, la presencia de Brasil en toda América se percibe aún de manera lejana y su papel como eventual líder de la región todavía es un proyecto en construcción que en la actualidad tiene pocos alcances, en particular en América Central, Colombia, el Caribe y México.

A pesar de las yuxtaposiciones citadas con anterioridad, Brasil y México han expresado de manera oficial su voluntad política con la finalidad de impulsar la integración de América Latina y el Caribe.[17] Tal y como quedó reflejado durante la visita del presidente Lula da Silva a México, en agosto de 2007. Es realmente aquí cuando se establecieron los compromisos que asumirían ambos países con el objetivo de fortalecer la integración de la región, que fueron los siguientes:

- Mantener un diálogo permanente sobre los procesos de integración que existen actualmente en la región.
- Convertir en realidad la integración de América Latina.
- Formular programas de acción de manera conjunta en materia de integración regional.

Este tipo de estrategias ejemplifican el enorme potencial que existe en términos de cooperación bilateral que podrían establecer Brasil y México con la finalidad de profundizar y acentuar la integración de América Latina.

Sin embargo, existe un gran escepticismo en la opinión pública latinoamericana en torno a la integración de la región. Desde la perspectiva de un número considerable de especialistas y la opinión pública no especializada, América Latina presenta enormes dificultades frente a su integración, debido a las considerables diferencias que existen entre los países latinoamericanos en términos económicos y políticos y, para algunos, inclusive culturales. En este sentido, tal vez sería importante recordar que los procesos de integración en el viejo continente han sido mucho más complejos que en América Latina, debido a que el viejo continente posee una diversidad cultural mucho mayor que

[17] Juan Ariola, *La integración regional: una responsabilidad compartida entre Brasil y México*, "Foreign Affairs", vol. 9., núm 2, México 2009.

la que se observa en la región. Esto se puede ejemplificar con mencionar las profundas diferencias culturales que existen, la división ideológica que sufrió Europa por más de cuatro siglos y las grandes rivalidades históricas que han marcado la estabilidad política del viejo continente. En adición, en el panorama europeo se pueden observar enormes brechas económicas, por ejemplo las que existen entre Eslovaquia y Suecia, entre el Reino Unido o Rumania o entre Portugal y Dinamarca, aunado a las enormes diversidades culturales e históricas que presenta el viejo continente. A pesar de estas disyuntivas, Europa ha logrado edificar un modelo de integración jamás antes visto en toda la historia de la humanidad y con resultados que han sorprendido al mundo. En este tenor, sería un grave error considerar que América Latina no pueda edificar una integración más significativa cuando el escenario que existe para construir dicha integración es más sencillo que el que se ha podido observar en Europa a través de su historia.

En este sentido, para que la integración latinoamericana se convierta algún día en una realidad, se requiere en primer término el liderazgo político de los países con mayor peso en la región que, como se mencionó con anterioridad ,en el caso de América Latina son sin duda: Brasil y México, debido al tamaño de sus economías, su peso demográfico en la región, así como por el PIB de ambos países.

Otro elemento *sine qua non* es el de edificar las instituciones *ad hoc*, que fomenten la creación de la infraestructura necesaria en materia de puertos, carreteras y redes ferroviarias y que encaminen la integración regional. En adición a lo anterior, es indispensable que se incorporen Fondos Regionales y Fondos de Cohesión, que promuevan *in situ* el desarrollo equitativo de todos los actores involucrados. Asimismo, hasta el día de hoy el multilateralismo latinoamericano se ha construido en ausencia de la sociedad civil. En este sentido, resulta imperativo el involucramiento de la comunidad científica y académica, así como de la mayoría de los actores sociales. En materia de investigación, las universidades y los centros de investigación deberían de fomentar estudios regionales especializados en América Latina que promuevan la generación de conocimientos, en particular en los ámbitos políticos, económicos y sociales, así como la movilidad de la comunidad académica entre los países de la región.

BRASIL Y MÉXICO: RETOS COMPARTIDOS EN EL NORTE Y SUR DE AMÉRICA FRENTE A LA INTEGRACIÓN DE AMÉRICA LATINA

Si Brasil y México desean ser actores líderes en el marco de la integración de América Latina, tendrán que efectuar grandes esfuerzos en relación a contrarrestar las problemáticas comunes que comparten ambos países desde la

óptica económica, política e inclusive cultural, que ha menguado por siglos el desarrollo de ambos países, así como su competitividad en la economía internacional. Dichas problemáticas no han permitido que estos países den el gran salto hacia lo que hoy en día los científicos sociales denominan, las sociedades del "know how" o del conocimiento, tal y como ha sucedido en otras partes del mundo como en Asia o en Europa[18], particularmente en países en donde hace sólo tres o cuatro décadas atrás presentaban un nivel de desarrollo inferior al de Brasil o al de México, tales como: Corea del Sur, China, Hungría, Irlanda, Portugal y Taiwán, entre otros.

En este marco de ideas, aunque las reformas y los avances han sido notoriamente más fructíferos en Brasil que en México, paradójicamente ambos países continúan enfrentando problemáticas similares, como por ejemplo: corrupción, enormes desigualdades sociales, sindicatos corruptos, mala calidad de la educación pública, reformas estructurales inconclusas y bajos niveles de recaudación fiscal, así como una gran impunidad hacia la clase política corrupta e ineficiente. Estas variables no han permitido que ambos países crezcan de manera similar *vis-á-vis* las economías con las que compiten de forma directa. Por citar un ejemplo, el crecimiento económico de Brasil oscila en un 5%, relativamente bajo en comparación con el crecimiento económico del resto de los países que forman parte de los BRICS: Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica economías que registran un crecimiento que fluctúa en un marco porcentual del 8% y hasta el 10%.

En el escenario mexicano, el crecimiento económico es del 4.5 %, muy por debajo del gran potencial de la economía mexicana, lo que al igual que Brasil ha lesionado sensiblemente la competitividad de la economía mexicana frente a las economías emergentes con las que compite directamente, tales como: Corea del Sur, Europa del Este, Tailandia, Malasia y Singapur. En suma, ambos países deben de efectuar enormes esfuerzos en aras de contrarrestar las problemáticas citadas con anterioridad. En el caso de Brasil, todo pareciera indicar que confrontar estos retos será más fácil debido a la cohabitación política que han logrado establecer las principales fuerzas políticas de este país que han decidido que, independientemente de las diferencias que existen, Brasil debe jugar un rol protagónico en el concierto latinoamericano e internacional.

En relación a México, el rumbo hacia la consolidación de las variables anteriormente citadas, así como de las transformaciones estructurales que tanto necesita el país, tales como: la reforma del Estado, fiscal, energética, y laboral, se visualiza desde una óptica mucho más compleja, debido a la gran lucha

[18] Accinelli Elvio, Rodríguez Pedro, *To leave or to Stay: Paraguay and Uruguay within the MERCOSUR*, "Documentos de Trabajo", Universidad de la República, Uruguay 2008; Accinelli Elvio, Rodríguez Pedro, *América del Norte entre la integración y la fragmentación*, "Documentos de Trabajo", Universidad de la República, Uruguay 2008.

interna que existe entre las principales fuerzas políticas del país, que tienen al estado de las transformaciones estructurales en una situación *sine die*, por lo que el incremento de la competitividad de la economía mexicana y el papel protagónico que podría ejercer México en el marco de la integración latinoamericana se encuentran actualmente en una gran disyuntiva.

CONCLUSIONES

Sin duda alguna Brasil y México constituyen actualmente dos actores claves en el marco de la integración de América Latina, debido al tamaño de sus economías, su peso político e inclusive cultural que poseen en la región, así como por el tamaño de su PIB y la interacción de sus economías en los mercados internacionales. Asimismo, ambos países iniciaron sus procesos de transformación a mediados de la década de los 80. México marcó un liderazgo inédito en el concierto internacional en relación al alcance y la velocidad de sus transformaciones, sin embargo, dos décadas después, dicho liderazgo pareciera opacarse y caer en un profundo estado de inercia debido a la gran lucha que existe entre las principales fuerzas políticas del país, lo que ha generado que las transformaciones estructurales citadas con anterioridad se encuentren actualmente en un estado *sine die*. Esta situación refleja el poco compromiso que existe entre los partidos políticos y su ambivalencia hacia las reformas estructurales que tanto requiere el país. En suma, gran parte de las reformas estructurales aún necesitan ser concluidas, en particular la reforma hacendaria, la laboral, la energética, así como la del Estado. Al no presentar un avance serio en relación a las problemáticas mencionadas con anterioridad, México podría perder una oportunidad histórica en aras de incrementar su competitividad y su liderazgo en el concierto latinoamericano, y más aún la edificación de la tan anhelada integración de América Latina.

En relación a Brasil, todo parece indicar que su camino hacia la consolidación de las reformas estructurales será mucho más fácil que en el caso de México, debido a que las principales fuerzas políticas de ese país han construido una cohabitación política que ha permitido generar no sólo un gran crecimiento económico, sino también importantes avances en materia de ciencia y tecnología. Estas variables han permitido que la economía brasileña se ubique actualmente entre las diez economías más grandes del mundo, así como pertenezca a un grupo de países emergentes como los BRICS.

En materia de política exterior, como se pudo observar, Brasil está decidido a edificar un gran proyecto de integración en América del Sur, que inició décadas atrás con la IIRSA, y después se materializaría con el MERCORSUR, la UNASUR y el Consejo de Defensa de América del Sur. Desde la

perspectiva de este país, el MERCOSUR debe convertirse en una especie de UE en el Cono Sur y en un instrumento fundamental en aras de propiciar una integración que genere una convergencia industrial, así como la generación de conocimientos y el fomento de la investigación. A diferencia de Estados Unidos, Brasil opta por la creación de un regionalismo que fomente el crecimiento equitativo de los actores involucrados, con fondos regionales que propicien el incremento de la competitividad de la región y la creación de infraestructura, así como con instituciones supranacionales que fomenten una *gobernanza* común y que coordine la política exterior de todos sus miembros, cuyo objetivo sería incrementar el poder de negociación del MERCOSUR en la comunidad internacional, así como propiciar el contexto *ad hoc* en aras de acrecentar el desarrollo de la subregión.

Como se aludió con anterioridad, Brasil y México pueden ejercer una gran influencia frente a los demás actores latinoamericanos en relación a la integración de América Latina. Sin embargo, dicha integración será sustancialmente difícil o impensable sin resultados concretos y al menor tiempo posible *vis-á-vis* las problemáticas que enfrentan ambos países. En suma, la mejoría sustantiva de las instituciones públicas, el incremento a la inversión en la formación de recursos humanos, el apego al Estado de derecho, la mejora de la calidad de la educación pública, políticas sociales que mejoren la cohesión social y la equidad, así como la lucha frontal en contra de la corrupción, yuxtaposiciones que sin duda alguna han afectado sensiblemente el desarrollo de ambos países, desde sus orígenes como Estados nación hasta nuestros días.

BIBLIOGRAFÍA

Accinelli Elvio, Rodríguez Pedro, *To leave or to Stay: Paraguay and Uruguay within the MERCOSUR*, "Documentos de Trabajo", Universidad de la República, Uruguay 2008.

Accinelli Elvio, Rodríguez Pedro, *América del Norte entre la integración y la fragmentación*, "Documentos de Trabajo", Universidad de la República, Uruguay 2008.

Ariola Juan, *La integración regional: una responsabilidad compartida entre Brasil y México*, "Foreign Affairs", vol. 9, núm. 2, México 2009.

Fanelli José M., *MERCOSUR: integración y profundización de los mercados financieros*, Red de Mercosur de Investigaciones Económicas, Uruguay 2008.

Fukuyama Francis (ed.), *La Brecha entre Estados Unidos y América Latina: Determinantes políticos e instituciones del desarrollo económico*, Fondo de Cultura Económica, México 2006.

Herrera-Lasso Luis (coord.), *México ante el mundo: tiempo de definiciones*, Fondo de Cultura Económica, México 2006.

Onis Juan, *El momento de Brasil*, "Foreign Affairs", vol. 9, núm. 2, México 2009.

Rodríguez Suárez Pedro Manuel, *Hacia la construcción de una nueva Europa*, Fondo de Cultura Económica, México 2006.